CUENTO PARA NIÑAS Y NIÑOS

CAZAMARCIANOS

Julio César Pérez Cruz

PREMIOS ESTATALES DE LITERATURA 2018
BAJA CALIFORNIA

CAZAMARCIANOS

CUENTO PARA NIÑAS Y NIÑOS

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Marina del Pilar Ávila Olmeda
Gobernadora Constitucional del Estado de Baja California

Alma Delia Ábrego Ceballos
Secretaria de Cultura y Directora General del Instituto de Cultura de Baja California

Antonio Espinosa Rivas
Subsecretario de Cultura y Coordinador General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Manuel del Postigo
Director Editorial y de Fomento a la Lectura

Cazamarcianos

D.R. © 2022 Julio César Pérez Cruz
D.R. © 2022 Instituto de Cultura de Baja California. Ave. Álvaro Obregón, 1209, colonia Nueva.
Mexicali, Baja California. C.P. 21100

Primera edición, 2022.
ISBN: 978-607-8661-07-7

Ilustraciones de portada e interiores: Julia Celeste

Jurado calificador: Laia Jufresa y Magdalena Sofía Cárdenas

Queda prohibida, sin la autorización expresa del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO/ PRINTED IN MEXICO

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante autoridad competente.

CAZAMARCIANOS

JULIO CÉSAR PÉREZ CRUZ

Ilustraciones
Julia Celeste

Premios Estatales de Literatura 2018

BAJA CALIFORNIA
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA
Secretaría de Cultura
Instituto de Cultura de Baja California

A Paola y Santino,
por convertirse en un par
de pensamientos eternos.

CAZAMARCIANOS

Cuando le conté a Tito que quería cazar marcianos me dijo que tuviera cuidado con los de color verde que tienen pecas moradas o rosas en el cachete, que esos son los más peligrosos; los otros, los grises, son más fáciles de agarrar: caen con un derechazo bien dado o aventándoles un chorro de agua caliente para que se descarapelen como tomate asado. Guácala: he visto los tomates que guisa mamá cuando hace salsa, se aguadan y se les chorrea el jugo. Por eso, si me encuentro a un gris prefiero darle uno bien dado con la derecha que quemarlo. Y luego, si encuentro a uno verde no me quedará de otra que correr como el de la película que ve mamá. Lo malo es que yo no tendré a nadie gritándome: "Corre, Junior, corre". El chiste, primero, es encontrarlos. En fin.

Tito lo había visto en History, lo de los marcianos malos, un canal donde hablan en inglés, pero ponen letras en español de todo lo que dicen; siendo así no hay falla, la gente que habla inglés es muy inteligente, si no, cómo le hicieron para aprenderlo. Yo llevo dos años yendo a clases y lo más que he aprendido es a decir "Open te dor", "closet te güindon", y lo que siempre me dice mamá: "Gud mornin por la mañana". No, si esos que saben inglés han de ser de veras de veras muy inteligentes.

—Qué no ves, Junior –me dijo Tito, mientras se rascaba la cabeza como un orangután, tratando de recordar–, que la gente mala tiene manchas en la cara.

Se quedó pensando un rato. Yo me le quedé viendo. Necesitaba toda la información que supiera, mientras más, mejor, eso dicen. Después de un rato de no hablar le pregunté que cómo sabía. Tito dijo:

—Lo vi en la tele, pasaron un reportaje de gente que estaba en la cárcel y traía una lágrima pintada en el cachete, dijeron que era por cada cristiano al que le habían hecho daño. Igual en gente igual en marcianos –dijo muy serio–, así son las cosas y así serán.

Lo de hacerle daño a los cristianos no es algo que me guste. No sé por qué la traen contra ellos, a mí me caen medio mal, sobre todo cuando pasan a la casa y dejan sus revistas, pero no me caen tan mal como para hacerles algo feo. Igual, la gente como que la trae contra los que se llaman Judío, no Julio, sino Judío, han de ser europeos. Esos europeos le cambian las letras al nombre de la gente. Una vez conocí a un amigo de papá que se llamaba Jean Paul Dominique, pero aquí en México seguro se llamaría Juan Pablo Domínguez. Eso de los Judíos lo supe porque mamá me dijo que hace unos años los habían tratado muy mal, que los anduvieron cazando igual que yo quiero cazar marcianos. La diferencia es que yo nomás quiero cazar marcianos para que no se vengan a vivir a la Tierra. Por lo menos, a México no, y no es que sea egoísta, pero como que ya somos muchos y las casas cada vez están más chiquitas. En fin, a los Judíos los cazaban porque no le echaban ganas a la escuela. Eso supe.

—¿Y qué les hacían? –le pregunté a mamá.

—Los metían a un campo de concentración –dijo ella y se persignó–, era horrible, Junior.

—¿Y metían a muchos?

—Miles.

—¿Tantos?

—Y los que faltan –dijo y echó un poco de sal a la olla con las albóndigas. Desde donde estaba alcancé a oler–. Porque dicen que el mero mero ese que los metía al campo, el de bigotito, ¿cómo se llama?, bueno, el de bigotito ese, se fue a esconder a Argentina ¿y tú crees, chamaco, que se va a quedar tan calmadito? Pos no, aunque pensándolo bien, ya debe estar viejo, o quién sabe, esa gente luego vive muchos años.

No sé de qué señor del bigotito hablaba mamá, pero me imagino que sí fue horrible. Cuando es época de exámenes mamá me mete al cuarto y no me deja salir, dice que es para concentrarme. Es mi cuarto de concentración. Lo que todavía no me imagino es qué tan grande era el campo de concentración donde los metían. Ha de haber sido algo como el campo de futbol donde juega el América o el Real Madrid, el del Barcelona o el de las Chivas no creo, esos son campos pequeños, porque a nadie le gusta ver jugar a esos equipos, son malos. Aparte no sé pa´ qué los metían, con tanta gente no creo que se aplicaran, si yo solo, encerrado en mi cuarto, me cuesta trabajo concentrarme, con otros mil, menos estudio.

Lo bueno es que no me llamo Judío ni soy europeo, y la escuela, bueno, la escuela más o menos me gusta, no soy tan burro, antes sí, pero ahora que ya voy a salir de cuarto grado le ando llegando al ocho en matemáticas y al siete en español, cuando ya vaya en sexto de seguro voy a sacar nueve o nueve punto tres, mínimo.

Mamá se me quedó viendo, me acarició la mejilla y me dio a probar un poco del caldo. A mí casi no me gustan las albóndigas, pero era bueno ir aprendiendo a comer de todo en caso de que se viniera una invasión marciana.

—¿Y ahora tú?, ¿por qué tan interesado en los judíos? –dijo mamá.

—Por nada.

—Pues es una lección de vida –dijo y se limpió las manos en el mandil–, ojalá no vuelva a pasar. ¿Cómo se llama el del bigotito, hombre? No me acuerdo.

Dije por nada, pero desde esa vez traigo en la cabeza que aparte de cazar marcianos si conozco a alguien que se llame Judío, lo voy a ayudar un poco, de perdida enseñarle las tablas del uno al siete, para que no se lo lleven a los campos. Lo malo, o no tanto, es que aquí casi nadie es europeo ni se llama Judío, Julio sí, pero a esos nadie los busca, no que yo sepa.

Después de comer el caldo me puse a pensar en todo lo que necesitaba para empezar a cazar marcianos: una pistola con agua caliente o tibia, binoculares, tenis Puma para que me hicieran brincar más alto; peinarme con gel en forma aerodinámica, para atrás, para correr más rápido; unos lentes negros para investigar sin ser descubierto y alguien que me ayudara a perseguirlos, por si me daban ganas de ir al baño mientras esperaba afuera de un cuartel general de marcianos unidos para acabar con el mundo tal y como lo conocemos actualmente, o de perdida con mi colonia.

Los tenis Puma no los conseguí; el pelo, mamá me lo cortó en forma de honguito, me dijo que ese era pelito de hombre; los binoculares no miraban tan lejos, ni siquiera se alcanzaba a ver lo que hacían los de la otra calle. Lo único que conseguí fueron unos lentes negros y al ayudante: Tito. Aunque al primero que le dije fue al Pecas.

—Como que no me apetece eso de adjuntar objetos voladores no identificados en un mismo lugar para emprender un estudio socioeconómico de ellos –dijo el Pecas, últimamente habla raro.

—Bueno –dije yo y salí corriendo porque miré a Tito matando gusanos.

Ni siquiera le tuve que insistir, con tal de matar el tiempo, Tito acepta cualquier idea.

—Y después de atraparlos los vendemos al circo –le dije.

—¿Y cómo cuánto andan pagando por un marciano en estos días?

—Más o menos los pagan según el tipo de cambio, lo que oí es que ahorita pagan tres mil pesos por uno chico y seis mil por uno grande.

—¿Tanto así?

—O hasta más, depende si hablan o saben hacer malabares.

En verdad no sabía cuánto pagaban por un marciano en buena condición, pero le calculo que valen igual que una vaca, y calculando que el kilo de carne sale en cien pesos y un marciano anda pesando unos 60 kilos, pues más o menos hice mis cuentas.

Por dos días, después de llegar de la escuela fuimos a cazar marcianos al cerro. Después de llegar de la escuela yo, porque Tito no va, por eso mamá lo cita todas las tardes para enseñarle poquito y que Tito sea, como dice mamá, un hombre de bien. El primer día anduvimos caminando hasta que los labios se nos pusieron secos, llenos de pellejos. No atrapamos nada. El segundo día a Tito se le ocurrió una idea:

—Hoyo –dijo Tito muy serio.

—¿Qué tiene un hoyo?

—Tenemos que hacer un hoyo en la tierra y que uno de nosotros, tú, se meta allí. No ves que los marcianos no salen porque se dan cuenta de que estamos aquí, el chiste es que no nos vean y agarrarlos de imprevisto. No hay falla, Junior.

—¿Será?

—Lo vi en la tele, en el canal que hablan inglés.

—Ah, entonces no falla.

Hicimos un hoyo medio grande donde me metí con una pistola de agua y unas galletas saladas. Tito me puso una tabla encima, con dos agujeros para que mirara si se acercaba alguien.

—¿Se mira? –me dijo y echó tierra encima de la tabla, para que los marcianos no me descubrieran.

—Poquito, pero se mira –le dije–. Hace mucho calor aquí, ¿no podrías dejar un hoyito para que entre el aire?

—Con lo que ganemos vamos a comprar un bote de nieve, de los grandes.

—Y una Coca de dos litros –le dije–, es que también me dio sed.

—Y hasta un raspado de ciruela con Lechera Chiquita –me dijo–. Bueno, Junior, yo me voy a ir porque si me ven por aquí de seguro los marcianos no salen. En un rato regreso, nomás voy a dar una vuelta al mercado, es que hace calor y ahí tienen aire acondicionado. Ya sabes, nada de hacer ruido y si ves un marciano lo atrapas.

Así me quedé, esperando a los marcianos hasta que de todo el sudor que me salió se hizo un lodacero. Me quise salir del hoyo, pero no pude porque Tito puso mucha tierra sobre la tabla. Ya después, nomás me acuerdo que me desmayé. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuve ahí metido.

Lo único que conseguí de cazar marcianos fueron unas ampollas en el cuerpo, que ardían cuando se reventaban, y lo que el doctor dijo había sido una insolación que hizo que me inyectaran suero. Eso conseguí, y que Tito se hiciera un experto en eso de la caza de marcianos. Ahora ya hasta los clasifica

y todo. A mí se me hace que es pretexto para no estudiar con mamá, dice que es más importante cazar marcianos que aprender las tablas, que para qué, si él contador no va a ser. A mí me conviene que siga cazando, después de todo, cuando atrape uno, de seguro me va a venir a decir, y como yo le di la idea no le va a quedar de otra que darme la mitad del dinero que le den los del circo por vendérselo.

LA CASA

La historia de La Casa no es como la cuentan, si acaso, como todo, tiene un poquito de verdad. Que según está embrujada, eso dicen, sabe. Yo supe que era de una señora que nomás se fue y ya no regresó, pero no me gusta decir por decir lo que dicen otros, de veras.

–No te vayas a meter a La Casa, Cebollita –me dijo Tito. Me dicen Cebollita porque soy flaco como una cebollita cambray, aunque en realidad me llamo Carlos Alberto–. Espantan. Dicen que hay un monstruo ahí, después no digas que no te dije.

—No me espanta. Los monstruos no comen niños, esos son los ogros –dije la verdad, de veras, casi nada me espanta; casi nada, el cinto de papá y el huarache de mamá, sí.

—Por eso –dijo.

—Por eso ¿qué?

—Por eso, no te metas, no ves que los monstruos son vegetarianos y como tú eres una cebollita cambray, si te llega a encontrar te come con todo y ropa y sin sal –dijo y se carcajeó por un largo rato.

A lo mejor y Tito tenía algo de razón, pero decir verdades a medias no está chévere, son chismes.

La mamá de Lee la cuida, a La Casa, digo. Junior dice que ahí vive una viejita con un solo ojo, que en vez de manos tiene tenazas como cangrejo; yo, aunque no lo creo, mejor no digo nada porque me gusta hablar derecha la flecha, sin vacilar. Casi nunca digo mentiras, y eso que no digo mentiras cuando digo que no digo mentiras, de veras. Una vez mentí, pero fue, como se dice, una mentira piadosa, tan piadosa que ya hasta se hizo verdad, y es tan verdad que ya ni me acuerdo por qué dije mentiras si estaba diciendo la

verdad. Da igual. El chiste es que la mamá de Lee cumple con echarle un ojo de vez en cuando, a La Casa, no a mi mentira que no es mentira. Todos dicen que ella es la encargada, pero eso de echarle un ojo, eso sí es mentira. Sí la ve, la he visto que la ve, pero no le echa un ojo, si no estaría tuerta, de veras. No esta chévere que la cuide, a La Casa. Es que la mamá de Lee es china y con esos ojos de alcancía no alcanza a cuidarla bien, digo, de veras. Una vez corrió a un perro, de eso sí se queja, de los perros, pero de la gente que le echa basura, no, por eso está toda sucia, La Casa, no la mamá de Lee.

—Condenalo animal, salil de aquí –les dice la mamá de Lee a los perros con su voz china.

Casi nunca le hacen caso, los perros a la mamá de Lee, es que habla como espagueti: aguado, por eso se le resbalan las erres, y como los perros son mexicanos, pues menos le entienden. Todavía me acuerdo cuando Lee tenía que aprender un trabalenguas.

—¡Oh! –dijo ella, la mamá de Lee, y abrió los ojos lo más que pudo, que no pudo mucho, pero sí poquito, digamos un más o menos–. Pequeño Lee tenel que aplendel tlablalenguas. Pequeño Lee no pleocupal. Madle de Lee ayudal a pequeño Lee.

—¡Oh! –dijo él, volteó a verme y sonrió, sus ojos se escondieron más de lo que se esconden siempre, de veras–. Oil Cebollita, madle de pequeño Lee ayudal a pequeño Lee con tlablalenguas que plofesol dejal de talea.

—Mejor chifla una canción –le dije.

La mamá de Lee, la señora Lee, se me quedó viendo con sus ojos de china, estuvo a punto de golpearme con un golpe karateka, es que es china y todos los de allá saben karate, dice Junior, yo no, de veras.

—No hacel caso a chamaco. Milal, pequeño Lee, este sel tlabalenguas: Ele con ele cigalo, ele con ele balil, lápilo colen las vías del felocalil. –La señora Lee hizo una reverencia china.

—¡Oh! –dijo Lee–. Madle sel un genio, yo no podel conjugal la ele tan bien como tú.

—Pequeño Lee, no pleocupal, con esfuelzo tú podel decil el tlablalenguas que venil en liblo de texto glatuito: Pala tenía un pelo. Guela tenía una pala. El pelo de Pala subió a la pala de Guela. Guela pegó con la pola al pelo de pala. Y Pala le dijo a Guela: ¿Pol qué ha pegalo Guela con la pola al pelo de Pala? Y Guela contestó: Si el pelo de Pala no hubiera subilo a la pala de Guela, Guela no hubiese subilo a la pela de Guela, Guela no hubiese pegalo con la pola al pelo de Pala.

—Madle sel malavillosa, ¿sí o no, Cebollita? –me dijo Lee.

—Yo cleel que no, yo cleel que hablal como espagueti –le dije.

La señora Lee lanzó un grito chino. Un grito chino es casi como un grito normal, pero con un "yai" al final y con voz china: EEEEEEEEEYAI. Yo salí corriendo de la casa de los Lee, porque la señora estuvo a punto de lanzarme un karatazo, de veras. No sé si Lee se aprendió el trabalenguas. No me consta, para nada. La siguiente vez que la vi a la señora Lee no le pregunté eso, pero sí le pregunté si en La Casa había monstruos o viejitas con un solo ojo y manos de tenaza.

—Cebollita, tú sel inocente –dijo y sonrió, le salieron unos hoyitos en los cachetes–. En esa casa lo que habel sel alañas y telmitas, mostlos no; pelo sí telmitas y humelad. –Abrió sus manos, pero no sus ojos, como si abrazara al aire–. Mucha humelad y lodo.

—Pero Tito dice que sí, si quiere me presta la llave y yo entro a ver, a mí no me da miedo nada, de veras.

La señora Lee se puso nerviosa.

—Que mostlo ni que mostlo, anda ilte a buscal a pequeño Lee, yo tenel que hacel comila pala señol Lee.

Desde ahí no me quedé contento. Algo le pasó a la señora Lee cuando oyó que en la casa había un monstruo. Además, cuando abrió las manos se puso como asustada, como si a mí me fuera a dar miedo eso de la humedad.

No era bueno quedarme con la duda, para nadie es bueno quedarse así; es mejor saber o no saber, digo, dicen, digo que dicen. Traté de meterme a La Casa, pero la mamá de Lee, aunque tiene ojos chiquitos, de todos modos me descubría. Dos veces casi me agarra a tablazos, casi, porque no alcanzó a darme ni uno.

Hablé con Tito, como él siempre se la lleva en la calle de seguro se le iba a ocurrir una idea. Es que él es bueno para sacar ideas, una vez inventó un trompo con un pedazo de madera de árbol, y otra vez hizo, y ese es su más grande invento, una antena de televisión con un gancho para la ropa. Ha de ser por andar en la calle. Papá dice que la calle es la mejor escuela. Eso dice, pero ni así me deja faltar a clases. El caso es que hablé con Tito. Le conté que la mamá de Lee se enojaba cada que quería entrar a La Casa.

—Como que se enoja –le dije.

Tito nomás dijo "mmm" y se rascó la barba. Sólo tiene dos pelos, los dos con nombre: Pepe y Toño. El nombre lo sacó de un comercial de televisión. Se ven medio mal, pero de todos los que nos juntamos él es el único que tiene la barba cerrada, y por eso presume. Después de un rato de estar así como

Torombolo, Tito me dijo que la verdad, la verdad, no sabía mucho sobre chinos, pero que todos eran iguales, que todos sabían karate y hablaban como espagueti.

—Sí, ya sé –le dije–. Lo que quiero saber es si en la casa hay monstruos o viejitas con un solo ojo y manos de tenazas, y aparte, por qué se asusta la mamá de Lee cuando le pregunto.

—Lo de la viejita te aseguro que no, ese fue un invento de Junior, comprobado al cien por ciento.

—¿Seguro?

—Como que me llamo Fausto Félix Antonio Moreno Cantú.

—Oh –dije, más que nada me sorprendió escuchar por primera vez el nombre de Tito; lo de Junior no me sorprendió tanto, ya sabía que acostumbraba decir mentiras, de veras.

—Lo otro, lo de los monstruos, puede ser, pero se necesita saber el tipo, si es que hay uno, es cuestión de saber lo que les espanta a los chinos –dijo más o menos serio–. Deja te investigo para que luego no me confundas con Junior, por mentiroso.

Tito me cobró veinte pesos por adelantado por la investigación, porque dijo que una cosa era la amistad y otra el negocio, de veras. Se los pagué en dos días, tuve que hacer mandados sin renegar y lavar el Vocho de papá.

A las dos semanas tocó a la puerta Tito. Se andaba comiendo un mango y no habló hasta que se lo terminó. No ofreció nada, de veras, nada ofreció.

—Es que no se puede hablar con la boca llena –dijo y se lamió los dedos. A mí se me hizo la boca de agua, no tanto de agua, sino de saliva–, es de mala educación. Por cierto, ya te tengo la información.

—¿De veras?

—¡Oh!, claro, estás hablando con el mero mero de los detectives. Aquí están los resultados –dijo y sacó una hoja toda arrugada llena de garabatos (es que Tito nunca ha ido a la escuela y no sabe escribir, de veras), y un dibujo de una lagartija.

—¿Y esto?

—Es el resultado de la investigación.

—No le entiendo, mejor dime qué encontraste y ya.

—Está así porque ese es el lenguaje que utilizamos los investigadores profesionales, está cifrado. Si quieres que te lo descifre me tienes que pagar otros veinte pesos. –Estiró su mano y así la dejó–. Pero te lo dejo en quince.

Me metí a la casa por el dinero, cuando regresé Tito se estaba comiendo otro mango, tuve que esperar a que se lo terminara, tampoco me dio de ése; yo siempre doy de lo que traigo, pero él no, quién sabe por qué, quién sabe. No le pagué, no soy tan tonto, esperé a que me contara los resultados de la investigación.

—¡Ah! –dijo y se dio dos golpecitos en la panza–, era mi mango de repuesto, siempre traigo uno conmigo. Ora sí, a lo que vinimos. Mira, Cebolla, después de ver unas seis o siete películas de chinos me di cuenta, aparte de lo del karate y el espagueti, que, primero, a los chinos les gusta mucho el ajo y, segundo, le tienen miedo a un tal Godzilla –me señaló el dibujo de la lagartija–. Es un monstruo grande que parece lagartija, nomás que avienta lumbre por el hocico.

—¿De veras?

—¡Oh!, te lo digo yo.

—¿Y eso qué tiene que ver con La Casa?

—Yo qué sé, Cebolla, yo ya cumplí. ¿Mi dinero?

—No, de veras, dime o no te pago.

—Enfadoso que eres, mira, los chinos encogieron a Godzilla, se lo dieron a la señora Lee y ella lo encerró en esa casa, listo, págame.

—No, no te creo, además, ni me has dicho cómo le hago pa´ meterme.

—Te digo que de que los hay los hay, a La Casa te puedes meter por la noche, no ves que es cuando los chinos miran menos. Y ya tú sabes si quieres creerme, yo ya te dije lo que te dije y si no me pagas te van a salir mezquinos en la mano y la nariz.

Le pagué, no quedaba de otra. No le creí lo de Godzilla, pero sí le hice caso con lo de entrar por la noche, y más con lo de los mezquinos, uno nunca sabe, de veras.

Era jueves. A eso de las nueve de la noche fingí bostezar hasta que mamá me mandó a dormir.

—Ves, ves –dijo mamá un poco molesta, había estado discutiendo con papá para que limpiara la cocina–, te dije que no te desvelaras ayer, anda, vete a dormir.

—No tengo sueño, de veras –dije y bostecé–. Ahh…

—Carlos. –Me lanzó una de sus miradas, no faltó decir más.

En vez de subir las escaleras me salí al patio por la puerta de la cocina, por poco y me resbalo con una cáscara de mango que papá no había levantado. Como pude, brinqué la barda y en menos de lo que me di cuenta ya estaba en la puerta de La Casa. La quise empujar, a la puerta, pero no se abrió. Un gato maulló, me asusté y me caí a un charco, hice un ruidajo. La mamá de Lee

tenía razón con lo de la humedad. Las luces de la casa de Lee se encendieron. Me escondí entre la hierba y la basura, estuve un rato agachado porque la mamá de Lee salió gritando cosas chinas, de veras.

—¿Quién andal ahí? –dijo y prendió una lámpara–. Si sel ladlón ilse o llamal a policía, yo sel encalgada de cuidal plopiedad.

La luz de la lámpara me pasó cerca, pero no me aluzó, de todos modos me llené la cabeza de lodo para camuflajearme, así dice el abuelo de Junior que se debe de hacer para despistar al enemigo, que él lo hacía en Vietnam, eso dice, su abuelo, no yo, digo, yo no. La señora Lee sacó unas llaves de la bata y abrió la puerta, pasaron como cinco minutos y no salió. Aproveché para meterme a La Casa, si quería revisarla no tenía de otra, de veras. Cuando entré la señora Lee iba saliendo de un cuarto, venía un poco asustada.

—¡Ay, Lios mío! –dijo apenas me vio, y se desmayó. Dio un azotón como cuando papá deja caer los costales de papas al suelo.

Salí corriendo.

Como pude me brinqué la cerca y me metí a mi casa por la puerta de la cocina. Subí los escalones despacito y me metí a la cama sin hacer ruido, nada.

Por la mañana, mamá me despertó a chanclazos.

—Mira nomás, chamaco cochino, el puerquero que dejaste en la cama –dijo–. ¿Dónde te metiste?, si yo te mandé a dormir temprano. Mírate nomás cómo andas. –Me levantó y me puso frente al espejo. La tenía toda llena de costras de lodo y hierbas, la cara. De mi oreja colgaban unos pedazos de cartón y en la cama había envases de jugo y un esqueleto de pescado, buena suerte que no era esqueleto de gato, esos dan mala suerte, dicen por ahí, no yo, yo no digo eso porque no sé, de veras, pero le creo.

No me siguió pegando porque el señor Lee tocó a la puerta. Hablaron un rato, o hicieron como que hablaron porque no creo que papá entienda el idioma espagueti.

Después supe: Godzilla se había escapado, la señora Lee lo vio y por eso se desmayó. Lo bueno que yo llegué y con el ruido que hice el señor Lee se levantó a ver qué pasaba y encontró a su esposa desmayada. No sé si el señor Lee sepa que la señora Lee es un agente encubierto y que se dedicaba a cuidar a un lagarto encogido que escupe fuego, pero sí sé que apenas se recupere va a ir a buscar al monstruo, ella, la Señora Lee, para eso le pagan, digo.

A LA CAZ(S)A DEL MARCIANO

Que casa y caza suenan igual, pero no significan lo mismo. Igual, no son las únicas palabras que andan medio confundidas y se parecen. Si es así deberían de pronunciarse diferente. Luego uno se revuelve.

—Junior, ¿y Tito? –me preguntó mamá–, hace mucho que no lo veo por aquí.

—Fue a la caza de marcianos –le dije.

Y era verdad, Tito tenía varios días yendo al cerro a buscar marcianos, es que ahí, por la noche, se ven una lucecitas. Tito dice que son platillos voladores y que ahí, arriba del cerro, tienen un estacionamiento para ovnis. Sabe. Yo ya no voy, no porque no quiera, sino porque después de que me dio insolación, mamá ya no me deja ir al cerro.

—Ay, mijito, los marcianos no tienen casas –dijo ella y se rio como burlándose; mamá tiene una risa suavecita, pero cuando se burla, cuidado, no para de reírse y hasta parece caballo.

—Fue a cazarlos, no a su casa –le dije.

—¿Qué?, ¿a poco los marcianos ya andan de novios?

—Má –le dije, ya me estaba haciendo enojar–. Fue al cerro con una resortera, quiere cazar uno que otro para después venderlos a la televisión o a un circo, mejor al circo porque pagan en efectivo.

—¡Ah! –dijo ella y volvió a sonreír, ya no tan burlesca–. Y tú, ¿cuándo vas a ir a la casa de Tito?

—No, yo no quiero cazar a Tito. Él quiere cazar marcianos, pero yo no quiero cazar a Tito, al Cebollita, a lo mejor; es que a veces me cae mal, pero no tanto.

—Ándale pues, sigue de chistosito, te digo que cuándo irás a la casa de Tito para ver si ya consiguió atrapar un marciano y para ver por qué no ha venido a sus clases –dijo ella.

Después de eso, mamá ya no quiso seguir hablando, cada que decíamos algo, el otro lo confundía. Era eso o era que mamá se reía de mí. De todos modos agarré la bicicleta y fui a la casa de Tito, aunque no lo encontré. La puerta estaba amarrada con un alambre medio oxidado, ese es su candado, ni modo de tocar. Al regresarme a la casa andaba arrollando un gato, si no le saco la vuelta ahorita estuviera con los siete años de salación. O por lo menos, eso le dijo un día papá a su compadre:

—¿Usted cree en esas cosas, compadre?

—Yo no sé, pero Nicolás, el sobrino de doña Lupe, pasó por debajo de una escalera y créalo o no, a los dos meses se llenó de granos por todo el cuerpo. Pura sal, compadre, pura sal.

—Oiga, ¿y los gatos negros?

—Nombre, a esos sáqueles la vuelta, no ve que si llega a hacerle algo a uno son siete años de salación. –Papá se rio por un rato hasta que me vio con esos ojos de enojado que él tiene–. Y tú, Junior, vete a jugar y deja de estar escuchando las conversaciones de los grandes.

Lo bueno fue que no arrollé al gato, bien que le saqué la vuelta.

Por la tarde fui al cerro a buscar a Tito, pero tampoco estaba, de las luces que dijo no encontré ninguna, si acaso una que otra estrella, pero nada de naves. Lo vine a ver hasta dos días después, andaba cortando un árbol para hacer una resortera.

—¿Y los marcianos? –le dije.

—En eso ando –dijo–. La cosa está dura, la otra vez estuve a punto de agarrar uno, nomás que salió corriendo, le tiré con la resortera, pero no lo alcancé; por eso ando haciendo otra más grande, para darles en la mera chompa. ¿Y tú qué cuentas, Junior?

—Nada. Mamá me dijo que te buscara para ver por qué no habías ido a tomar clases.

—Por lo marcianos –dijo y siguió cortando el árbol.

—Ah, y la otra vez a un gato, casi lo arrollo.

—Sí, hay muchos en el arroyo.

—No, que casi arrollo uno la otra vez.

—¿Qué voy a ver?, yo no estaba ahí.

—Dije vez, no ves.

—¿No veo?, ¿por qué no?, aunque es verdad, no vi nada, te digo que yo no estaba ahí, ni vi el arroyo ni vi al gato, a lo mejor eso fue otra vez.

—¿Qué veo?

—Lo del arroyo.

—Ah, sí, yo casi lo arrollo.

—Lo que sea, Junior, mejor ayúdame a cazar marcianos.

—No, Tito, ya te dije que yo nomás los vendo.

—Y yo para qué los quiero vendados, lo que quiero es atraparlos; aunque sí, después los tenemos que vendar para que no se escapen.

—Yo decía vendo de vender.

—¡Ah! Entonces, de perdida acompáñame a la casa de los marcianos.

—Te digo que no quiero atraparlos.

—A su casa, digo, que no ves que ya hasta andan poblando arriba del cerro, ya se quedaron a vivir ahí.

Así seguimos hablando sin entendernos nada. Tito terminó de cortar el árbol y para cuando me di cuenta ya andábamos en el cerro, lo bueno que mamá andaba entretenida con el final de la novela. Esperamos toda la tarde, lo más que vimos fue un correcaminos y dos que tres abejas que a fuerzas me querían picar. Cuando empezó a oscurecer yo me tuve que ir, Tito se quedó, a él nadie lo espera, ni siquiera tiene que levantarse temprano para ir a la escuela.

Al otro día anduve pensando en algunas palabras que pudiera cambiar en lugar de las que suenan igual, pero no son lo mismo. No se me ocurrió nada. Más o menos a los tres o cuatro días Mamá me volvió a mandar a la casa de Tito. Sí fui, pero no lo encontré; a lo mejor seguía buscando marcianos para cazarlos, no para casarlos, o vaya alguien a saber.

SAM

Sam se llama Samuel, pero como a él le gusta cortar cosas cortó su nombre para dejarlo más fácil de decir. Llegó a la escuela a finales del año pasado, a mitad del cuarto grado. Era un güero pecoso, gordo, con dientes chuecos y lengua morada, como perro Sharp Pei. Nadie nos avisó que iría, nomás llegó al salón, así de repente. El prefecto le dijo algo a la maestra y ella dijo que sí con la cabeza. Sam entró y se sentó en la fila de en medio del salón, justo a un lado mío, que estoy en la segunda. No dijo hola, sólo volteó y me enseñó la lengua: morada. La maestra terminó de poner algo de matemáticas en el pizarrón, ni me acuerdo qué.

—¡Ah! –dijo ella, se limpió las manos y señaló al gordo–, es el nuevo estudiante. Te puedes levantar y decirnos tu nombre, de dónde vienes y algo que te caracterice.

Sam se levantó y sonrió, sus dientes se abrieron un poco más de lo que ya los tenía, o eso se me figuró.

—Buenos días, maestra linda, mi nombre es Samuel –dijo él–, pero me gusta que me digan Sam, así me dicen mis amigos, y ustedes, compañeros, son mis amigos. –Se rio, su panza le tembló–. Vengo del Colegio Real del Norte. Como doce hamburguesas y me gusta ayudar a mis amigos, como ustedes. –Se volvió a reír, la panza le volvió a temblar, esta vez por un buen rato, como cuando uno le encaja la cuchara a la gelatina.

—Muy bien –dijo la maestra–. Para que lo sepan, Sam sólo viene de intercambio por unos cuantos días. Una niña de cuarto grado, del otro salón, fue a su colegio. Es todo. Ahora terminen el ejercicio.

—No podel sel –dijo Lee.

—¿No puede ser el intercambio?, ¿por qué no? –La maestra se sentó y se puso a revisar su teléfono.

—No, eso no. Yo decil que nadie comel doce hambulguesas.

—Lo sé –dijo Sam–. Es que últimamente no he tenido tanta hambre.

Se armó un escándalo. La maestra dejó el teléfono y movió las manos indicando que nos calmáramos, siempre hace eso.

—Soy el Pecas –le dije–. El de allá, el de pelo de hongo es Junior, es un cazamarcianos, él y Tito, pero Tito no viene a la escuela, es un vago. El flaco es Cebollita y el chino es Lee, sabe karate, como todos los chinos.

Sam hizo una mueca como si no le importara mi información, luego hizo unas bolas de papel y se las aventó a Lee.

—¡Ay! –gritó Lee apenas sintió el golpe–. Maestla, Sam me alojó un ployectil de fablicación casela.

—¿Es verdad eso, Samuel? –dijo ella.

—Para nada, profesora, pero ya que voltea, de hecho me agradaría que me dedicara un poco de su valiosa atención; es que quería regalarle esta Coca Cola –sacó una lata de su mochila, la maestra se sonrojó–. En mi escuela nos dejan regalarles cosas a nuestras maestras favoritas, y usted, en este corto tiempo, se ha convertido en una de ellas.

Sam se levantó, cada que daba un paso el suelo retumbaba. Cuando le dio la Coca a la maestra ella le acarició la mejilla, él se dio la vuelta y levantó la mano contra Lee. La pelea estaba hecha.

—Ven, aprendan. –La maestra apretó la boca.

La clase siguió. Cuando estaba por resolver el problema, Sam me quitó el lápiz.

—Mío –dijo y se carcajeó, la panza le volvió a temblar.

No dije nada, Sam ya tenía una pelea para la salida, no era justo que tuviera dos, si no de veras que le decía algo.

Llegó el recreo. Sam se sentó solo, en una mesa. Antes les quitó el lonche a unos de tercer grado.

—Pecas, Pecas –me dijo Lee–. Plegúntale a Sam si él pegalme a la salida.

—No, Pecas, eso es cosa tuya; además sí le ganas, nomás fíntalo con la derecha y le das con la zurda que es tu mano buena.

—Es que mano de Lee estal un poco indispuesta pol jugal Xbox.

—No seas miedoso –le dijo Junior.

Lee se puso serio. Se agarró la cabeza con las dos manos y empezó a lloriquear.

—¡Dile que no me pegue, Juniol! Anda, vete a decile eso. Que pol calidad. Así dile. Dile que lo haga pol calidad.

—No puedo. Hay allí –Junior apuntó a Sam– un gordo que no quiere oír hablar nada de ti.

—Hacel que te oiga. Dalte tus mañas y decil que pala sustos ya ha estalo bueno. Dile que hacelo pol calidad de Lios.

—No se trata de sustos. Parece que te van a pegar de a de veras. Y yo no quiero ir para allá.

—Anda otla vez. Solamente otla vez, a vel qué conseguil.

—Voy, pues. Pero si de perdida me pega a mí también, ¿quién cuidará de mi perro y mi lagartija?

—La plovidencia, Juniol. Ella se encalgalá de ellos. Ocupalte de il allá y vel qué podel hacel pol mí. Eso sel lo que ulge.

Y sí, Junior se levantó y fue con Sam. Antes de sentarse, el gordo estiró la mano y Junior le dio unas monedas. Luego de un rato regresó, ya habíamos terminado el lonche y estábamos comiendo el postre.

—Listo –dijo–. Oigan, ¿sabían que Tito casi atrapa un marciano la otra vez?

—¿Listo?, ¿Sam ya no pegal a pequeño Lee?

—Oh, no, sí te va a pegar, pero hasta mañana.

—¿No il a hablal pala que Sam no pegal a pequeño Lee?

—Sí, pero Sam es un tipo rudo, lo más que te conseguí fue que te pegara hasta mañana, algo es algo o por lo menos es más que nada.

Seguimos hablando de Tito y los marcianos. Lee temblaba, yo quise ayudarlo diciéndole que si se llenaba la cara con vaselina los golpes se le resbalarían.

—¿Decil veldad?

—Claro, eso me lo dijo mi tío, que era boxeador, él se ponía vaselina, dice que así se le resbalaban los golpes.

Cuando regresamos a clases Sam siguió comiendo, cada que la maestra se volteaba al pizarrón, el güero sacaba una hamburguesa y le daba una mordida. Cuando la maestra dejaba un trabajo Sam me pasaba su cuaderno y me decía: "Hazlo". Lee pidió permiso para salir diez minutos antes, la maestra no dijo nada, pero él de todos modos se fue.

Al otro día la cosa fue igual. Sam siguió comiendo toda la clase. En el recreo le quitó la comida a los de tercero y a mí. Yo no le dije nada por aquello de que ya tenía una pelea en puerta. Antes de la hora de salida la maestra le dio las gracias a Sam y dijo que había sido un placer tenerlo de invitado.

—El placer –dijo y le besó la mano–, fue mío, querida profesora.

Sam tomó su mochila. Todos salimos en bola. Todos menos Lee, que se quedó en el salón. Hicimos una rueda, esperando a Lee. Cuando salió del salón no traía camisa ni pantalones, andaba en trusas, además tenía todo el cuerpo lleno de vaselina.

—Ni la vaselina te salva, esto es la guerra –le dijo Sam.

Los dos se pararon en medio de la rueda que formamos. Sam le quiso hacer un abrazo del oso, pero no lo pudo apretar por la vaselina. Lee se hizo conchita y se tiró al suelo, medio temblaba. Sam se le aventó encima, pero se resbaló y fue a parar hasta donde había unos fierros. Se golpeó con unas barras, de seguro vio estrellitas. Esperamos un rato, pero Sam ya no se levantó. Lee ganó por nocaut, lo bueno que no fui yo el que se peleó con el güero, porque yo sí lo hubiera mandado al hospital de la zapatiza que le hubiera puesto; tengo la mano pesada, eso dice mamá. Tratamos de subir a Lee en hombros, para celebrar la victoria, pero se nos resbalaba. De todos modos le dimos unos aplausos.

Al otro día Lee no paró de hablar de la pelea. En su mochila, igual que todos nosotros, trae un frasco de vaselina, por si se ocupa. De Sam ya no supimos nada, pero se me hace que sigue comiendo hamburguesas.

PAO

No soy malo, pero quiero que Pao repruebe. Dos años. No es tanto. Ella está en primero de secundaria, yo casi paso a quinto de primaria.

A mitad de año la pusieron a cuidar un huevo. A ella y a Luis, el chimuelo y pecoso que dos veces me ha dado de sopapos sólo porque es más grande. El maestro de biología les dijo que era como su hijo, que deberían de cuidarlo, que si se les quebraba o algo tendrían cero de calificación. Mi mamá me dijo. Ella y su mamá son amigas, desde la primaria. Dice mamá que desde que nacimos Pao y yo, ellas arreglaron que nosotros nos íbamos a casar. Al principio no me gustó la idea porque antes, cuando éramos más chicos y ella iba en la escuela a donde yo voy, a veces venía a la casa por periódico y por colores para hacer la tarea. Siempre andaba mocosa, estaba chimuela y andaba toda despeinada.

—Congelado –decía cuando llegaba y me agarraba desprevenido.

Yo me tenía que quedar quieto hasta que se le ocurría descongelarme.

—¿Ya?

—No, Junior, así no se juega –decía y sorbía los mocos como si fueran un yoyo–. Te tienes que quedar así hasta que encuentre tus colores o hasta que se me ocurra descongelarte.

Cuando no me congelaba me quitaba el control de la tele y se ponía a ver tonterías o a estarle cambiando hasta que mamá le decía:

—Anda, Paola, ya es tarde, ya vete a tu casa porque tu mamá se va a preocupar.

—Ya voy, señora, sólo me despido de este chiquillo.

En ese tiempo, cuando se despedía me daba un beso en la mejilla; no es que el beso no me gustara, era más bien que no me gustaba el sabor salado

de sus mocos, me mareaba. Con todo y eso, cuando comía algo enchiloso y se le olvida limpiarse la boca, como que me agradaba poquito; no mucho.

Aunque no me gustaba cuando andaba de molesta, de todos modos medio me caía bien. Aparte, fue ella quien me quitó esa idea que me metió Lee en la cabeza: irme a China.

—Ay, Junior –me dijo–. Vete a un lugar donde te sientas a gusto, en China no hay nada para ti.

—Cómo no, si allá enseñan karate, yo quiero aprender karate, por eso me conviene ir para allá.

—Pues será lo que quieras, pero si te quedas te la vas a pasar mejor aquí conmigo y con todos los demás, y si te vas, luego vas a extrañarnos.

—¿Y yo para qué iba a querer quedarme contigo? –le dije en ese entonces.

Eso de quedarme con ella no me gustaba mucho que digamos, pero tenía algo de razón con eso de extrañar a la demás gente, y el caso es que me convenció de no visitar China. Era enfadosa, eso sí, pero cuando no iba a la casa como que la extrañaba, aunque en ese tiempo no me daba cuenta de eso, o no me acuerdo.

Cuando entró a la secundaria algo cambió, como que la catafixiaron por otra. Los mocos se le acabaron y también el pelo revuelto, además de que le salieron los dientes. Dejó de ir a la casa y si acaso la he visto como tres veces. Una fue en una fiesta. Una boda de una amiga de mamá. Ese día todos andaban bailando, hasta Karla, mi hermana, y eso que no tiene piernas, aunque de todos modos Tito le daba vueltas en la silla y hasta se le miraba ritmo. A la segunda canción le hicieron una rueda, y ya para la tercera, Tito estaba todo

sudado. Aun así, siguieron chancleando. Como me quedé solo, sentado en la silla, me acerqué a Pao. Quise bailar con ella.

—Ay, Junior, mi niño –dijo y me agarró la cara como si le hablara a su gato–. Vete a jugar con los niños, aquí estamos los grandes.

Por una parte tenía razón, ella estaba sentada con su tía, su mamá y la mía; pero por otra no tenía razón, ella también era casi casi una niña. Es verdad, por ahí corrían rumores de que se había besado con Luis, el chimuelo, pero igual yo me había besado con Lupe, la hija de don Simón, y eso que ella tiene once años. No por eso estábamos grandes. Como fuera, ya no le quise decir nada y antes de que me diera cuenta ella ya andaba bailando con el chimuelo. No sé cómo la convenció siendo tan menso. Me quedé un rato viéndolos hasta que mamá se me acercó.

—¡Ándale, vete a jugar! –dijo.

—Es que me duele el estómago, me siento bien lleno –le dije.

Eso de sentirme lleno era mentira. El pedazo de pastel que me sirvieron ni lo había probado y la comida me la había quitado Tito, que porque era el cobro de acompañamiento, o así dijo que se llamaba eso de ir con alguien a una fiesta a la que no se quería ir, aunque después de verlo come y come y risa y risa, como que ya no le creí mucho.

—Te dije que no comieras tanto pastel, chamaco –dijo mamá–. Ahora vete al baño a vomitar, porque una cosa sí te digo Juniorcito, no nos vamos a ir de la fiesta nomás porque al bebé se le ocurrió comer como vaca. Aparte, apenas tu padre me sacó a bailar y hace mucho que no lo hacía…

Me agarró de la oreja y me jaloneó hasta el baño, luego hizo que me metiera el dedo en la boca hasta que vomité el desayuno, que era lo único que había comido en todo el día.

La otra vez que la vi fue saliendo de la secundaria. Iba con varias amigas. Ese día la esperé en la puerta, le llevaba una flor para recordarle lo que habían dicho nuestras madres: que cuando fuéramos grandes nos íbamos a casar. El problema es que ella ya se creía grande. Si sí se acordaba tendría que ir juntando para la boda. Algo sencillito, sin muchos invitados, nomás los de la calle. De comer: gelatina, nieve y unos dulces enchilosos, de esos que le gustan.

—Pao –le grité.

Ella se acercó, sus amigas la empujaron para que lo hiciera.

—Ten –le dije.

Le di la flor y salí corriendo. No sé por qué, pero no pude hablarle, además, como que mis pies andaban medio locos y les dio por correr a ellos solos. Cuando llegué a casa, mamá ya me esperaba con el huarache en la mano.

—Te dije que no anduvieras cortando mis flores –dijo

—Ma…

No alcancé a terminar cuando sentí el primer hurachazo de tres.

Y la otra de la otra vez que la vi es de la que más me acuerdo. Era tardecita y mamá me había mandado a traer un galón de leche. A mí no me gusta, pero como a todos los demás sí, sobre todo a Karla, pues ni modo. Ya de regreso me encontré a Tito.

—¿Ya sabes quién acaba de entrar a tu casa? –dijo y peló un plátano, no sé por qué Tito siempre trae fruta guardada.

—Mamá, papá y Karla –le dije.

—No, andas mal, te hace falta tomar té de estafiate para la mente. –Tito se carcajeó.

—Ah, el abuelo –le dije, no me acordaba que el abuelo se había ido a vivir con nosotros hacía poco.

—La que entró fue la mocosa esa, tu amiga...

No terminó de decirme cuando salí disparado a casa. El problema es que antes de llegar me resbalé y me rompí el labio. Me salió un chorro de sangre y al galón se le salió la leche. Antes de entrar me puse abajo del farol que tenemos en la puerta de entrada. Cuando me estaba limpiando, Pao salió y me sonrió.

—Ay, estos niños –dijo y meneó la cabeza a los lados–. Ya ves lo que te pasa por andar jugando, de seguro te peleaste con los de la otra calle.

No le dije nada, en primera, porque no pude hablar, y en segunda, porque sacó un pañuelito con el que me limpió la sangre. Después me dio un beso en el cachete, un beso calientito. Dio media vuelta y se fue. Yo me quedé un rato viéndola hasta que sentí que me jalaron la oreja, era mamá, ella y su huarache. Esta vez no me importó que me diera de huarachazos por romper el galón de leche.

Desde esa vez ya no la he vuelto a ver, aunque todavía tengo el pañuelo con el que me limpió la sangre. Un día de estos hablaré con mamá para que le recuerde a la mamá de Pao el trato que hicieron. A lo mejor con eso viene y me da otro beso abajo del farol; si no, de perdida que repruebe un par de años y me espere para cuidar el huevo juntos, no es tanto.

LA FÁBRICA DE AGUA

Así, de repente, dejó de llover. Mamá dijo que era el calentamiento global, que en parte yo tenía la culpa porque había decidido usar gel, en lugar de limón, para peinarme, y que eso dañaba la capa de ozono; papá dijo que era el tiempo, que las estaciones se habían desacomodado y que ahora llovería en los meses que no llovía y al revés.

—Si lo sabré yo –dijo y se puso serio–, que por poquito y estudio para meteorólogo.

—¿De veras? –le pregunté, aunque no le hubiera preguntado, de todos modos cada que dice que casi estudiaba para algo termina contando una historia.

El caso es que no me gustaba eso, que las cosas se cambiaran. En vacaciones de Semana Santa siempre vamos a la playa. Si llovía nos tendríamos que quedar en casa. Eso y aguantar a Karla, mi hermana, lloriquear por todo, no es nada bueno; pero está peor quedarnos sin agua. El Pecas me dijo que habían sido los marcianos.

—Papá dice… –no me dejó terminar.

—Son los marcianos, Junior –dijo–. La otra vez miré una raya blanca en el cielo que iba desde allí –apuntó con su dedo un pedazo del cielo– hasta allá –levantó el dedo lo más que pudo, hasta que quedó arriba de su cabeza–. Yo no lo vi, pero se me hace que era un platillo volador que le sacó el agua a las nubes para que no lloviera.

No le creí mucho, el Pecas casi siempre se equivoca, en matemáticas no tanto, pero se equivoca, y equivocarse poquito es equivocarse. Además, desde que Tito y yo cazamos marcianos los demás como que quieren pegársenos y para todo los sacan a la plática. No quedó de otra que preguntarle al abuelo.

—¿Rayas blancas? –dijo–. No, mijito, esas rayas las hacen unos cohetes que avientan los científicos para que llueva, no para que no llueva.

—¿Y eso para qué lo hacen, abuelo?

El abuelo se quitó los dientes y los dejó en un vaso con agua, la boca se le arrugó.

—Junior, Junior, de que los hay los hay. –Cada que hablaba la boca se le pegaba a la nariz, como a Popeye–. Esos científicos mandan al cielo un cohete lleno de hielo; luego, cuando pasan por México, sueltan ese hielo, que es esa raya blanca que ves.

—Yo no la vi, la vio Tito.

—¡Quien la haya visto, mocoso grosero! Te digo que sueltan el hielo, dejan una raya blanca y como está cerca del sol, pues se derrite y se hace agua y esa agua se hace lluvia.

—¡Ah!

—Por qué crees que hay tantas inundaciones; no… si esos científicos son canijos, lo hacen pa´ que no progresemos con las cosechas, pa´ que no dejemos de ser del tercer mundo. Aunque ahora como andan las cosas, se me hace que sí, ¿eh?

—Que sí qué.

—Pos que sí le hicieron algo a la maquinita esa y ahora la invirtieron pa´ que ora no llueva.

No entendí eso del tercer mundo, pero el abuelo, de que tenía algo de razón, la tenía.

—¿Y el agua?, abuelo, ¿de dónde la vamos a sacar?

—De las piedras, Junior, de las piedras. En Vietnam sacábamos agua hasta de las piedras, y comida, mejor ni te digo de dónde.

Algo siguió contando, pero ya ni atención le puse. Por la tarde le dije al Pecas lo que había dicho el abuelo de las piedras.

—Puede ser –dijo–, si quieres le calamos, pero yo todavía pienso que son los marcianos. Uno nunca sabe.

Juntamos piedras grandes y gordas. Por más que las machacamos no les sacamos ni una gota de agua. El abuelo había dicho mentiras. Era eso o era que las teníamos que moler bien.

—Ocupamos una licuadora –le dije al Pecas.

—O un marro –dijo y escupió al suelo.

—No, no, una licuadora para moler las piedras bien.

—O ponerlas abajo de un carro y que las aplaste con las llantas –dijo y volvió a escupir, luego paso el pie por encima del escupitajo.

—No andes escupiendo, te vas a hacer tísico –le dije lo que mamá siempre me dice, aunque ni sé que significa.

—Es que traigo mucha saliva. Como ando chupando ésta –dijo y se sacó una piedra de la boca.

No había de otra, la forma en cómo el abuelo sacaba agua de las piedras era metiéndoselas a la boca. Se lo dije al Pecas, me dijo que él ya lo sabía, que desde que tenía cuatro años, cuando tenía sed, chupaba una piedra y listo. Buscamos dos botes y toda la tarde estuvimos chupando piedras, el agua que le sacábamos la íbamos escupiendo en el bote, las piedras secas las juntábamos en una montañita. Un bote, medio lo llenamos de saliva; el otro quedó vació. Al Pecas se le ocurrió taparlo con bolsas de plástico para que no

les entrara tierra. Para cuando me metí a casa, la boca parecía un pedazo de virote. La traía toda hinchada y llena de ampollas.

—Ay, Junior –me dijo mamá–, ¿y ahora en qué te metiste?

Quise contestarle, pero no pude hablar. Por la noche me llenó la boca de Vaporub. Ya por la mañana más o menos pude comer y hablar.

—Lo que sea que hiciste, no lo vuelvas a hacer –dijo mamá.

Tenía razón, si hacer agua con piedras era así de difícil era mejor no hacer nada. Por la tarde regresamos a los botes, el de la saliva seguía normal, pero el otro tenía unas gotas de agua.

—Te dije –dijo el Pecas, con la boca todavía hinchada, se parecía a esos negritos que salen en la tele–. Por eso puse la bolsa arriba del bote, porque sabía que eso servía para sacar agua.

No le creí tanto, pero le creí; después de todo, hacer agua así era mejor que andar chupando piedras y quedar todo trompudo como negrito. Conseguimos una lona grande que llevamos a la casa de la esquina donde no vive nadie. La lona la pusimos arriba de unas tinas que el Pecas le robó a su mamá. La regañiza que se iba a llevar de seguro iba a ser menos cuando se supiera que habíamos construido una fábrica de agua.

Al otro día, tempranito, antes de ir a la escuela, el Pecas llegó sobándose las pompas. No le pregunté por qué, pero era seguro que se lo habían cintareado, lo sé porque yo ando igual cuando mamá me da con el huarache. No le dije nada, porque el Pecas cuando habla, habla; dice papá que tiene algo así como diarrea verbal, asco. El caso es que cuando quitamos la lona, las tinas estaban húmedas, pero no con agua. Lo único que se me ocurrió fue que por la noche alguien llegó y se robó el agua.

—Lo único que nos queda, Pecas –le dije–, es que no vayas a la escuela, te metas a una de las tinas y esperes al ladrón, apenas así.

Yo no quise meterme porque ya una vez me había metido a un hoyo en la tierra y me había dado insolación. Era justo que si pasaba eso otra vez le tocara a otro.

—No, pero mamá ya dijo que si reprobaba me iba a…

—¿Quieres o no ser millonario?

—Pos sí.

—Entonces te tienes que quedar aquí adentro, para ver quién nos está robando el agua. Ya después, con lo que saquemos de la primera venta contratamos a Tito para que sea el guardaespaldas de las tinas. Además, en cuanto salga de la escuela vengo por ti.

El Pecas renegó, pero terminó metiéndose a una de las tinas cuando le dije que los ricos no cintareaban a sus hijos, y que si lográbamos hacer una fábrica de agua su familia sería rica. Lo cubrí con la lona, arriba de la lona puse una tapa y arriba unas piedras, si nos iban a robar de perdida que batallaran.

Después de la escuela fui a comer porque ya me andada de hambre. Y después de ver unas caricaturas fui por el Pecas. Arriba de la tina todavía estaban las piedras, era señal que no nos habían robado. Destapé la tina y el Pecas estaba nadando en agua.

—Agua –dijo–, agua.

—Así es, Pecas, hicimos agua.

—No, agua, quiero agua –dijo, se levantó y se fue corriendo, se miraba todo flaco y seco a pesar de estar todo empapado.

Probé el agua de la tina, estaba toda salada, de seguro porque el Pecas no se había bañado como en tres días, la tuve que tirar. Lo más recomendable, mientras conseguíamos a Tito como guardaespaldas, era que el Pecas se bañara antes de meterse a la tina; o no tanto meterse a una de las tinas, sino cuidarlas por fuera; de todos modos un baño no le caería mal.

Como cerca de la casa hay un hoyo grande y solo, estuve pensando toda la noche en cuántas tinas y lonas ocupábamos para fabricar agua para una laguna. Detuve la cuenta en trescientas noventa mil doscientas treinta y dos; y eso sin contar el agua de los toboganes que pensaba poner. Ya veríamos después.

Lo malo fue que por la mañana empezó a llover. De seguro los que nos robaron fueron esos científicos, y como se dieron cuenta de que andábamos fabricando agua pues mejor hicieron llover, para que no nos hiciéramos ricos el Pecas y yo. Lo bueno es que ahora sí iremos de vacaciones; lo malo es que al Pecas le dieron tanto con el cinto que duró como una semana llevando un cojín a la escuela para poder sentarse.

POPEYE

El abuelo nos engaña: es Popeye. Cuando se quita los dientes la cara se le hincha, y luego que se pone a fumar su pipa no queda duda. Lo malo es que se esconde para hacer eso; se esconde, pero yo lo he visto.

Lo descubrí cuando jugaba a las escondidas con Tito y mi hermana Karla. Estábamos adentro de la casa, le tocaba buscarnos, a mi hermana y a mí.

—Por qué mejor no nos hacemos unos sándwiches –dijo Tito–. ¿Tienen jamón de pavo, no? Es que ahora soy vegetariano.

—El pavo también es animal –le dije.

—Ay, Junior, ¿no sabes que los pavos comen granos de elote seco?, si ellos son vegetarianos por comer verdura y yo me los como a ellos entonces eso me hace vegetariano.

—La vaca come pasto. ¿También comer carne de vaca te hace vegetariano?

—No –dijo Tito–, la vaca come pasto, pero de vez en cuando se traga una cucaracha, un grillo o un gusano, por equivocación o por lo que quieras, pero la vaca es carnívora y yo, sépanlo, soy vegetariano.

—Bueno, lo que sea, al rato comes –dijo mi hermana y movió la palanquita de su silla para que se moviera de atrás a adelante–. Primero nos buscas.

Tito siempre ha tenido hambre, es eso y es que se aburre al jugar a las escondidas, porque mi hermana no es difícil de encontrar, como siempre anda en su silla de ruedas el único lugar que tiene para esconderse es atrás de la lavadora. Aun así tiene buena suerte: como no tiene piernas pues tiene que andar todo el día sentada, así se ahorra las ampollas en los pies por tanto caminar.

—Sale, pues –dijo Tito–, ustedes se esconden y yo me voy a la cocina a contar hasta diez, luego los busco.

Cuando Tito se metió a la cocina, mi hermana se escondió detrás de la lavadora, yo me fui al cuarto del abuelo, me metí al closet. Pasaron como dos horas y Tito no me encontraba. Ese escondite era bueno, a lo mejor y servía para cuando mamá me anduviera buscando para darme de huarachazos. Cuando me iba a salir del ropero entró el abuelo. Me tuve que esperar. Caminó despacito hasta que llegó al lado de la cama. Se quitó los dientes, los echó en el vaso con agua. Luego levantó un poco el colchón y sacó una pipa. Se sentó en la esquinita de la cama, prendió la pipa y agarró la foto de la abuela. Cada que fumaba se parecía más a Popeye. Mi abuela no sé si sea Oliva, la he visto en fotos y no se parece, pero no sé si también se haya disfrazado como el abuelo, para que no la reconocieran. Es que eso de ser famoso no está tan divertido como dicen, una vez gané un concurso de baile en la escuela, ahora, cada que los amigos de la familia vienen a la casa, a papá se le ocurre que baile.

—Junior, Junior, enséñale cómo bailas al Joselo, ándale, Junior, pa´ que vea que sabes bailar –dice y casi casi me obligaba a hacerlo.

El caso es que el abuelo agarró la foto, fumó la pipa y empezó medio a llorar. Luego guardó la foto, escupió en la pipa y se quedó dormido. Me salí como pude, con cuidado de no hacer ruido porque el abuelo se despierta por todo. Cuando encontré a Tito, él y mi hermana se estaban comiendo un sándwich de jamón de pavo.

—Es que te tardaste –dijo mi hermana.

No dije nada. Estaba pensando en sacarle la sopa al abuelo. Así lo hice a la primera que pude.

—Oye, abuelo –le dije–, ¿te gustan las espinacas?

—Ey, con carne de puerco.

—¿Y el mar?, abuelo, ¿te gusta el mar?

—Uy, Junior, yo fui marinero en Vietnam.

—Mmm, ¿y tuviste problemas por allá, abuelo?

—Claro que sí, niño, tuve muchos problemas, sobre todo con un bruto que se quería pasar de listo.

—Mmm, con que Brutus, ¿eh? Y de seguro comiste espinacas para agarrar fuerzas y pegarle a Brutus, ¿verdad, abuelo?

Sólo faltaba saber lo de Oliva, la abuela, para estar seguro de que era Popeye disfrazado.

—Espinacas, tortilla, pescado, de todo, Junior, de todo comía yo, pero nada como la comida de tu abuela.

—¿Oliva?

—Eso, Junior, su comida me gustaba con aceite de oliva, así hacía la comida tu abuelita por aquello del colesterol –dijo y le tembló la quijada, estaba a punto de transformarse.

No había falla, clarito, el abuelo había dicho que le gustaban las espinacas con aceite de Oliva, de seguro la abuela se cambió el nombre por Malvina, hasta después, para que no la reconocieran.

El abuelo se levantó y se fue a su cuarto. Antes de entrar volteó a los lados y cuando pensó que nadie lo miraba se metió. Pero yo sí lo miraba. Como el cerrojo de la puerta está medio fregado alcancé a ver cómo sacaba la pipa, la foto de la abuela y hacía lo mismo que la vez anterior: miró la foto, fumó y luego medio quiso llorar, después guardó la foto, escupió en la pipa y se durmió.

Por la tarde llegó Tito, esa vez no jugamos a las escondidas, sino al Turista. De vez en cuando Tito le decía algo al oído a Karla, me volteaban a ver y se reían. No les pregunté nada, no me preocupó lo que decían, tampoco les dije lo del abuelo. Es un secreto entre él y yo, y también es secreto que mi abuelo no sepa que yo sé su secreto.

EL MÁS MACHO

Lástima que al Pecas no le pase nada. Nunca se ha raspado una rodilla ni nada. A veces, por la noche, nos juntamos abajo del poste de luz, el que está afuera de la casa de Lee, a contar cosas. Casi siempre terminamos contando lo más rudo que nos ha pasado, para ver quién es el más macho. Hasta ahorita nadie me ha ganado, ni por tantito se acercan. Tito ha tenido moretes por los golpes que le da su tía con una tabla con tachuelas, a veces ni se puede sentar; Lee tiene diarrea una vez a la semana por el ajo que le da de comer su mamá; a Cebollita le falta un diente porque una niña le pegó un pelotazo en la cara; pero yo tengo dos cicatrices en la rodilla y una operación en la mano izquierda. Lo bueno es que nos juntamos puros niños, si no, mi hermana Karla ganara. Como sea, tengo rato siendo el más macho.

Cada semana cuento la historia. No me gusta tanto hacerlo, o más o menos, pero me gusta que el Pecas agache la cabeza cuando la oye, y él no tiene nada mejor que decir. Es que al Pecas nomás le pegan con el huarache de vez en cuando, y eso ni marca le deja. Lo malo es que no todo lo que digo lo digo bien, a veces como que le pongo de más, pero quién no disfraza la verdad de vez en cuando.

Así cuento las cosas:

—No me acuerdo bien, pero a ver si sale –digo cuando me preguntan que cómo me hice la cicatriz–. Lo siento por el Pecas, porque, pobrecito, a él nunca le pasa nada; ¿verdad Pecas?

El Pecas medio se siente mal cuando le digo eso, pero los demás siempre nos reímos. Así somos de carrillas, no como los de la otra calle, que son medio niñas, siempre los meten a sus casas a las puras siete de la tarde y en

tiempo de frío no los dejan salir sin bufanda. Nosotros nos quedamos hasta las ocho, y a veces hasta las ocho y media.

—Dice mamá que todo pasa a su tiempo, por eso no me preocupo, Junior, yo sé que un día voy a tener una cicatriz tan grande o más peor que la tuya –me dice el Pecas con una sonrisa, pero yo sé que por dentro se muere de envidia.

Todos nos reímos.

—Pobre Pecas, ni siquiera te ha dado viruela y a lo mejor ni comiendo ajo te da diarrea. Aprende a Lee que ya hasta tiene que dormir con pañal porque, si no, moja la cama.

—Sí, aplendel a mí –dice Lee–. Yo no salil de baño apenas telminal de mastical ajo.

Todos aplaudimos y le damos aplausos a Lee, porque sabemos que eso de aguantar diarrea a diario es de hombres y no de payasos.

—Contal, Juniol, contal cómo hacelte cicatlis en mano.

—Pa´allá voy, Lee, pa´ allá voy. Allá donde vivía en la otra colonia, los que eran de la otra calle eran bien bravos, no como los de la otra calle de aquí, que son bien miedosos. Un día, el balón se nos fue para allá, como nadie quería ir por él yo me tuve que aventar, ni modo de rajarme, a mí no me gustan esas cosas. Ahí voy, despacito, por si alguien me sorprendía descuidado. Cuando me di cuenta, los de la otra calle me echaron unos perros de esos Pit Bull, eran como cuatro, digo, como seis…

—Oye, Juniol, ¿qué no elan dos? Apenas la semana pasala decil que dos pelos moldelte.

—No, Lee, eran como nueve perros, todos tenían dientes grandes. Se me echaron encima y los empecé a noquear uno por uno, ya saben que tengo la mano pesada. Lo malo es que me resbalé, y sin darme cuenta uno de los doce perros me mordió en la mano…

—Ah, caray, ¿no eran seis? –dice Cebollita en esas ocasiones.

—No, es que después soltaron más, pero les decía que ya había noqueado a quince perros, y quedaban nueve cuando me resbalé, entonces uno me mordió; lo bueno es que lo alcancé a patear y de ahí me levanté, corrí por la pelota, la agarré y salí corriendo. Hubieran estado ahí, eran como treinta perros, dos avestruces y uno o dos gatos de los grandes, y eso sin contar a los dueños de los animales que traían palos, piedras y una que otra resortera. Nomás me acuerdo de que perdí como treinta y siete litros de sangre por las mordidas que me dieron los perros. Pero ya ven, aquí ando vivito, y eso que ese día yo andaba en muletas, porque un día antes me había atropellado un carro, que más bien parecía camión...

Y así es como debería contarlas:

—Atrás de la casa donde vivía había un árbol de guayabas. Cuando empezaban a salir las tenía que cortar rápido, porque los demás de la cuadra se subían a la casa y las cortaban antes de que siquiera me pudiera comer una. Esa vez estaba trepado en el árbol. Desde donde estaba había una ramita de la que colgaba una guayaba amarilla, y luego un poquito más lejos estaba el techo de la casa. El chiste era brincar, agarrar la guayaba y colgarme del techo, después bajar por la ventana y comerme la guayaba delante de Karla, mientras ella se saboreaba. El problema fue que no calculé bien y me caí antes de llegar al techo. Mi mano se estampó en una botella de Coca Cola y cuando

mamá me encontró, dice que yo estaba desangrado. Lo que vino después fue peor, me quedé como dos meses en el hospital, con el brazo todo picoteado por las inyecciones. Por dos meses me dieron de comer avena y me pusieron suero. Aparte, no me podía levantar de la cama y me tenía que hacer del baño en un pañal. Lo único bueno que saqué fue esta cicatriz en la muñeca, con forma de signo de interrogación. A lo mejor no fueron perros los que me mordieron, pero los piquetes de agujas se me figuraban dientes.

SABIO SUPREMO

Con eso de que la tía de Tito contrató internet, como que ahora a él le ha dado por hablar raro, se siente un sabio, antes era el Pecas el que hablaba así, pero como que se enfadó de eso o a lo mejor y le pasó la enfermedad a Tito. Al principio nomás se le salía una que otra palabra extraña, de esas que decían en *Nat Geo* o *History*, pero ahora, cada que escucha algo que no conoce luego se va a *Google*. Ya lo he descubierto varias veces que dice frases que en cuanto uno las pone en el internet aparecen, de ahí las agarra. Pero de todos modos está difícil andar buscando lo que dice para saber qué quiere decir con lo que dijo. Le gusta decir, sobre todo, cosas de famosos.

—Si hacemos un hoyo, lo tapamos con hierba y matas secas, y esperamos a que caigan los marcianos en vez de ir a buscarlos todos los días –le dije en la junta semanal que tenemos para saber cómo le vamos a hacer para cazar marcianos.

—No, Junior, parece que tú no entiendes que eso no nos llevará a ningún lado, pero claro, el ignorante afirma, el sabio duda y reflexiona.

—A mí se me hace que sí puede servir.

—¿Sigues? El sabio puede sentarse en un hormiguero, pero sólo el necio se queda sentado en él.

Le estuve explicando que una vez había visto en un programa cómo habían atrapado a un marciano en un hoyo.

—Me decepcionas –dijo Tito.

—Pero, ¿por qué? –le dije.

—Ay, Junior. Lo que me preocupa no es que me hayas mentido, sino que, de ahora en adelante, ya no podré creer en ti.

Tito se dio media vuelta y se fue. Lo malo es que cuando nos juntamos en la noche, en el poste, Tito soltó sus frases, aunque no me las dijo a mí.

—¿Pol qué no hablal con Juniol? –le preguntó Lee a Tito–. Estal enojalos o qué.

—El amigo ha de ser como el dinero, que antes de necesitarlo se sabe el valor que tiene –le dijo Tito.

—Parecen de la otra calle –dijo Cebollita–, puro pelear, puro pelear, de veras.

—Los verdaderos amigos se tienen que enfadar de vez en cuando –dijo Tito y empezó a decir todo lo que yo le había dicho por la mañana, eso, y aparte le sumaba sus frases.

Así se pasó como una semana, sin hablarme. Siempre me sacaba la vuelta, y cuando nos juntábamos por la noche y me quería decir algo, primero se lo decía alguien más, y éste me lo decía a mí. Como cuando quiso ir a comer a mi casa. Se lo dijo primero a Cebollita, al oído, y luego el Cebolla me lo dijo a mí.

—Dice Tito que mañana irá a tu casa a comer.

Tito se le acercó al oído de nuevo, Cebollita le sumó a lo que había dicho:

—Ah, y dice que tengan comida vegetariana, algo de pavo, que un pastel de manzana estaría bien de postre.

—Dile a Tito que si no me habla entonces por qué quiere ir a mi casa, además, mamá va a hacer albóndigas.

Tito torció la boca y le dijo algo al oído a Cebolla.

—Dice Tito que no te perdona que seas necio, pero que no por eso va a dejar de comer en tu casa, que eso sería una grosería de su parte y que es un hecho que las personas que comen… ¿que comen qué?

Cebolla se acercó, de nuevo, a Tito.

—¡Ah! –dijo Cebolla–, las personas que comen mucha carne son por regla general más crueles y feroces que las demás. Esta observación es válida en todo tiempo y lugar, dice Tito.

Tito de nuevo se acercó a su oído.

—Y dice –dijo Cebollita–, que por esta vez comerá albóndigas, y eso sólo porque como la carne está en caldo eso le quita lo carnívoro, porque es bien sabido que el agua caliente desinfecta todo.

Después de eso, Tito ya no habló conmigo, o mejor dicho: Tito ya no habló con Cebollita y Cebollita ya no habló conmigo, que era como si hablara con Tito.

Al otro día se presentó en la casa y se comió dos platos de albóndigas, en todo el tiempo que estuvo sentado en la mesa no me dirigió la palabra. Cuando terminó sólo le dijo a mamá:

—No existe plato desdeñado en la cocina cuando se realiza de una manera auténtica.

Mamá le festejó el chiste. Tito se fue después de comerse dos manzanas y llevarse una más para el repuesto.

—La glotonería mata más que la espada –dijo–. Por eso me permito llevarme esta manzanita, la cual disfrutaré cuando haya reposado los alimentos que me ha brindado, señora mía, de manera prodigiosa.

Tito le besó la mano a mamá y ella se sonrojó.

Con todo y eso de que no me hablaba, unos días después miré a Tito tapando un hoyo con matas secas.

—¿No, qué no? –le dije.

—El sabio puede cambiar de opinión. El necio, nunca.

—Te dije que yo sabía que así se atrapaban marcianos.

—Tal vez –dijo–. Aunque yo sólo sé que no sé nada.

Tito se siguió de largo diciendo cosas, pero ya no puse atención, de todos modos se me hace que ya somos amigos otra vez.

PLBRS

Mamá dice qe hablo mucho, qe un día ls palabrs se m van a acabr. Sí, soy gstalón, pero nunca pensé qe uno se gstara las palabrs; el dinero y la ropa sí, pero ls palabrs no.

—Mira, chamaco, sigue hablando así de rápido y vas a ver que un día de estos te vas a empezar a comer palabras.

—Neee, ma´, uno puede hablar todo lo rápido que quiera.

—No, Matías.

—Dime Pecas, ma´.

—Mmm, te decía Pecas —dijo l "Pecas" un poco molsta, así s ella: se enoja pr todo—, uno puede escribir todo lo que quiera, pero hablar, hablar nomás poquito y despacito porque uno se gasta las palabras, se las va comiendo; si lo sabré yo, que estudié hasta cuarto la carrera de comunicación.

—Pa´ qué me dices eso ma´.

—¿Ves?

—¿Qué?

—Cómo qué, Pecoso.

—Pecas, ma´.

—Lo que sea, ¿pero, ves? Ya empezaste a comerte las palabras.

—¿Yo?, no.

—Ves, te las acabas de comer otra vez. Eso te pasa por andar hablando rápido y todo el día, no te para la boca, chamaco.

—Pos no, ma´, yo no me comí nada.

—Ah no, fíjate bien y verás que sí, primero me dijiste "Pa´ qué me dices eso ma´", sí o no te comiste el "ra" del para y el "ma" del mamá,

No dije nada, traté d pnsar un poco n lo qe m dijo, pero ants d qe carburará m dijo:

—Ándele, para que se le quite, sólo espero que no te vayas a empezar a comer palabras completas, porque entonces sí, chamaco, hasta mudo te nos vas a volver —dijo y se rio.

Otra vez no sup qé decir, mmá no me dejó pnsar, se puso a chiflr y cada qe quería hablar acía más ruido, me apntaba con su dedo y lo movía de ariba a abjo; cuando ace eso s mejr callrse o si no luego viene el chnclazo. Mejr m fui a ver la tele.

Pr la noche, dspués d scuchr a Junior inventr cómo se abía echo la cicatrz n la mno, m puse a pnsar n lo qe dijo má: si era vrdad qe yo m comía plbrs tmbién era vrdad qe dejaba d pnsrls. Quise acrdarme d todo lo qe abía dicho Junior, pero nomás pude acrdrme d la mitad, y eso sin cntar que pnsaba medio mocho. Mamá tenía rzón o más o mens, pr qe tmbién Junior dice ma´ n lugr d mamá y eso qe él no abla mucho, aunque sí piensa; a vecs se queda todo mnso d andr pnsado, sobre todo, eso d ls xtratrrstrs. D tods mods l problema era yo. Lo qe ice toda la noche fue apuntr una lista de plbrs nuevs para utilizarls, si se me iban a acabr, mejor qe se me acabarnls que casi no utilizaba. Ice una list, pero pr la mñna se me olvidó dónde la puse, aunque tmbién se me olvidó qe abía echo la lista; se m olvidó sta qe mamá m calló, cuando l staba cntando la istoria d cómo Junior se abía echo la cicatrz.

—Dice que se cayó de un árbol como de dos metros, no, doce metros, y que luego, mmm, como que…, sabe si sea cierto ma´, pero dice que se cayó de un árbol de diecisiete metros, no, de veintidós, y que nomás…

—Y sigues Pecas, ¿no te dije ayer que no hablaras tanto? Tienes más de media hora con lo mismo y ya no te acuerdas de lo que te dijo; te lo dije, te lo dije, chamaco.

—Ma´

—Lo que deberías es hacer algo para que no te andes comiendo tantas palabras, que ya empezaste.

—Lo hice, ayer hice una lista de palabras nuevas para no gastar las que uso más.

—A ver, y ¿dónde está esa dichosa lista?

—Sabe.

—Ay, Pecas, a ver, ven.

M acerqué a mamá, izo qe abriera la boca, m revisó ls orejs y ls ojos, cuando trminó noms movió la cabza a ls lads.

—¿Qué? —l dije.

Ella movió otra vz la cabza a ls lads.

—¿Qué?

—Cómo qué, chamaco, pues que ya estás en fase terminal, ya empezaste a olvidar cosas, lo único que queda para que te recuperes es ponerte en cuarentena.

—¿Cuarentena?

—Sí, Pecas, tienes que dejar de hablar por cuarenta días y cuarenta noches. Digo, puedes hablar, pero poquito, porque si no, la enfermedad te va a comer y te vas a quedar mudo, olvidadizo y hasta sordo, porque no vas a poder entender lo que te digan.

—¿De veras?, pero y si nomás hablo más bajito y luego casi nadie me oye pa´ que no sepan que me ando comiendo…

—No, Pecas, lo siento, los síntomas son claros, ya hasta empezaste a decir "nomás" y no "nada más" y "pa´ qué" en lugar de "para qué". O te sometes a la cuarentena o yo no respondo.

L qise cntstr, pero cada qe quería decrle algo mpezaba a chiflr. Adems, no era bueno gastr plbrs porque mi nfrmdd andba medio avnzada. Bsqé la lista, pero no la ncntré. Mala cosa.

Sí nduve calldo uns días, pero l prblma fue qe n esa semna m pasó qe m mrdió un perro, tods ls d la calle m vinieron a visitar y tuve qe contrles la historia muchs vecs. D tanto qe la dije ya asta se m olvidó, nomás sé qe m mrdió el porque tngo una n la pierna, lo malo s qe ahora tngo n vz de cuarntna tngo qe guardr ochntna para d mi nfrmdd.

ÍNDICE

Cazamarcianos.....7
La casa.....17
A la caz(s)a del marciano.....29
Sam.....35
Pao.....43
La fábrica de agua.....51
Popeye.....59
El más macho.....65
Sabio supremo.....71
Plbrs.....77

Cazamarcianos, de Julio César Pérez Cruz, se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2022, en los talleres gráficos de CB Impresiones, ubicados callejón Reforma 1232, Col. Nueva, Mexicali, Baja California, 21100. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Dirección Editorial y de Fomento a la Lectura del Instituto de Cultura de Baja California. El tiraje consta de 500 ejemplares.

Cazamarcianos es una obra de ficción para niños que destaca por su singularidad, particularmente por el empleo de un tono lúdico que, de entrada, se propone atrapar a sus lectores y que, seguramente, tendrá una alta resonancia entre el público infantil. Escrita en un estilo a ratos arriesgado, su voz narrativa parece hacer eco de la pluralidad de voces que componen el mosaico con que hoy se traza la expresión de los niños de este nuevo siglo.

ISBN: 978-607-8661-07-7

9 786078 661077

BAJA CALIFORNIA
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA
Secretaría de Cultura
Instituto de Cultura de Baja California